

Al llegar delante de la puerta de «Bebella adorada», se detuvo.

Oyó las voces de dos personas que cantaban al compás del ruido de los platos, tenedores y botellas.

Sin duda la ex-partera celebraba el martes de carnaval en compañía de alguna amiga.

El conde, al fin, llamó.

Al principio, sin duda, no le oyeron, porque tuvo que volver á llamar por segunda vez mas fuerte.

Entonces cesó el ruido en el cuarto, y en seguida se oyó el de las sillas. Por último resonó el paso lento, pesado y poco seguro de alguno que se acercaba á la puerta y que decía :

—Voy á abrir... Debe ser sin duda la dama Lartigot.

Y preguntó :

— ¿ Sois vos, madama Lartigot ?

— Abrid, contestó únicamente el conde.

— No es madama Lartigot, dijo la voz de dentro del cuarto.

La puerta, sin embargo, se abrió, y Loredano se vió obligado á retroceder medio asfixiado por la mezcla de olores culinarios y alcohólicos que salian de la pieza.

Por lo visto, habia grande almuerzo en casa de madama Gosse. La «Bebella adorada» se consolaba á su manera de la desercion del «horrible mónstruo.»

Y como Calipso, trataba de olvidar la partida de Ulises.

Aquella diosa del barrio Rambuteau habia convocado y reunido para un suculento festín á todas las ninfas compañeras suyas, quiero decir, á todas las comadres de la casa.

Y estas buenas mujeres estaban en los postres.

En un rincón del cuarto veíanse todavía los platos á medio vaciar, con restos de morcillas y de berzas.

Sobre la mesa, los frascos de perfecto amor y de ron habian reemplazado á las botellas de vino ordinario.

Veíase un frasco medio vacío de cerezas en aguardiente, y un bocal chinesco que habia estado antes lleno.

La comadrona Gosse sabia hacer bien las cosas, y no las hacia á medias.

Hallábase en ese período de la digestion en el que todos los recuerdos de una felicidad perdida se agolpan á la imaginacion, y con la punta de su servilleta manchada, pero no con lágrimas, se refregaba sus ojos hinchados.

Y las amables y tiernas vecinas que la rodeaban formaban un grupo consolador al rededor de ella.

¡ Oh! amistad santa, ¡ tú sola eres capaz de curar las cruces heridas hechas por el amor!

— No es madama Lartigot, repitió por tercera vez la mujer desmangarallada y flaca que habia abierto la puerta; es un señor.

— Decidle que entre, respondió el coro mujeril.

— ¿ Madama Gosse? preguntó el conde cortesmente.

— Bien, ¿ qué ocurre?... Allí está.

La Gosse, dando treguas á los consuelos de sus tiernas convidadas, levantó su cara anegada en lágrimas producidas por alguna otra cosa mas que por la tristeza, y exclamó :

— ¿ Qué me quieren?... ¿ Se viene á incomodar de este modo á las gentes en un día como este?

Esta observacion fué recibida con un murmullo aprobador de toda la asamblea.

Pero á pesar de estas disposiciones tan poco benévolas y tan manifiestamente hostiles, el conde se adelantó hasta el medio del cuarto y preguntó :

— ¿ Cuál de estas damas es la Gosse? tengo precision de hablar con ella.

Madama Gosse se levantó, no sin hacer un esfuerzo, y se dirigió hácia el conde. El estado en que se hallaba no permitía á sus ojos distinguir bien los objetos. ¿ Era esto efecto de las lágrimas que los oscurecian, ó por alguna otra cosa? Nosotros, por respeto al bello sexo á que pertenecía la «Bebella adorada», no nos atrevemos á decidir esta cuestion.

Loredano sacó de su bolsillo las dos cartas arrugadas, y enseñándoselas á la Gosse, le dijo :

— ¿ Conoceis esto?

La ex-partera hizo un ademan como para buscar sus espejuelos.

Pero todo esto impacientaba á M. de Puysaie.

— Os repito, le dijo secamente, que tengo necesidad de hablar con vos á solas. Despedid á estas mujeres.

Al oír esto, todas las comadres gritaron y armaron una zambra infernal en el cuarto.

XXXIII

LA VUELTA DE ULISES.

El conde con un ademan imperioso hizo callar aquellos graznidos de ranas.

— ¿ No me reconocéis? le preguntó á la Gosse.

La Bebella adorada examinó de piés á cabeza al conde con ojos extraviados y cubiertos aun por los vapores alcohólicos.

Pero una de las vecinas, ó mas perspicaz, ó con la cabeza mas despejada, le habia reconocido y exclamó :

— Es el señor del coche.

La Gosse balbuceó entonces algunas palabras de excusa.

El conde tenia priesa y volvió á repetir en tono imperioso : — Os he dicho que tenia que hablaros á solas.

Entonces las vecinas se fueron retirando una á una, no sin echar tristes ojeadas á los frascos que aun quedaban por vaciar.

En cuanto salió la última, Loredano fué á entreabrir la puerta para asegurarse que no habia nadie escuchando, y cerrándola despues con llave, se volvió hácia donde la Gosse estaba.

— ¿ Reconoceis esto? la preguntó por tercera vez, mostrándole las cartas del coronel Fritz.

La cabeza turbada de Bebella se iba serenando poco á poco, y llegó á comprender en fin toda la gravedad del negocio de que se trataba.

Al entregar á Lillias al conde, haciéndola pasar por la hermana de Nini Moustache, conociendo, como conocia mejor que nadie, la falsedad de este engaño, se habia hecho cómplice del delito de sustitucion de niña.

Y con las pruebas que Loredano tenia entre las manos, la podia perder diciendo una sola palabra.

Echándose á sus piés y tendiendo hácia él sus manos suplicantes, con una voz cuyo acento patético habria enviado una actriz del Ambigú, exclamó :

— ¡ Gracia! ¡ gracia! no me perdais.

Loredano, que no tenia muy buen humor en aquel instante, no pudo á pesar de ello, menos de sonreirse.

— No se trata de perderos, le respondió, mi buena señora, sino de que me respondais categóricamente.

— No tengo yo la culpa, exclamó Bebella adorada, llorando; pero me vi obligada á hacerlo, porque así lo exigieron ellas.

— ¿ Quiénes son ellas? preguntó Loredano.

— Las dos señoras, respondió la partera.

El conde iba de misterio en misterio. Entreveia que se habia fraguado una conspiracion á su alrededor, cuyo resultado debia ser hacerle adoptar á Lillias.

¿ Con qué objeto?

La una de las dos señoras de que hablaba Bebella debia ser Nini Moustache, puesto que cuando habia venido la primera vez á casa de madama Gosse, la habia encontrado en su cuarto.

¿ Pero, la otra?

¿ Qué le importaba en definitiva la solucion de este nuevo problema?

El no queria sino averiguar una sola cosa, á saber : que Lillias era realmente la niña á la que hacian alusion las cartas de Fritz.

Sobre este particular, ya sabia á qué atenerse, porque la turbacion de madama Gosse era mas significativa y explícita que la relacion mas detallada.

— No temais nada, volvió á repetirle. Ya sé que, en todo caso, vos no habeis sido mas que un instrumento; y no es de los instrumentos de los que yo quiero vengarme. Debo buscar mucho mas arriba los verdaderos culpables. No necesito ni aun preguntaros sus nombres, porque los conozco.

Y al acabar de decir estas palabras salió, dejando á Bebella arrodillada en medio del cuarto gimiendo y llorando.

Al bajar las escaleras se cruzó con un ser casi fantástico, que las subia á su vez, no sin gran trabajo, agarrándose á la barandilla.

Este personaje no era otro sino nuestro Numa Pompilio el mismo que la noche anterior hacia las delicias del baile de la Opera.

Pero en qué estado volvia, ¡ Dios mio!... su colete de bú-

falo estaba lleno de manchas de vino, sus charreteras arrancadas, aplastada su nariz de carton por un fuerte puñetazo que le habian dado, y con algunos filamentos del plumero de su casco abollado, colgando.

¡ Así pasa la gloria de este mundo!

M. Gosse, — porque del rey de los latinos, célebre por su prudencia y su sabiduria, del Numa Pompilio, ya no quedaba sino un escribiente memorialista borracho, — subia las escaleras muy despacio, paso á paso, y segun iba llegando al fin de su ascension, esta le parecia mas penosa y se detenía para exhalar un gran suspiro que se transformaba en hipo.

Le venían á la memoria los recuerdos clásicos del ilustre colegio Lavertue; y así como Calipso no hallaba consuelo por la marcha de Ulises, así Numa Pompilio sentia no haber seguido los prudentes consejos de su ninfa Egeria.

Egeria, Calipso ó Bebella adorada, — que las tres eran una misma, — continuaba postrada en el comedor.

Al fin, M. Gosse llegó á la meseta del pasillo del cuarto, y ya no se hallaba separado del puerto de salvacion mas que por una tabla, y con la frente apoyada contra el dintel de la puerta, daba suspiros que partían el alma.

Así hacen esos perrillos falderos que despues de haber hecho una escapatoria de ocho dias vuelven á la casa de su amo con las orejas caidas y el rabo entre las piernas, y sin atreverse á entrar, esperan con sumision á la puerta, el castigo merecido.

Del otro lado de la puerta oíanse tambien gemidos semejantes; pero estos gemidos no tardaron en transformarse en un ronquido sonoro.

La buena ex-partera se habia quedado dormida en el sitio mismo en que sus remordimientos y su miedo la habian hecho arrodillarse ante el conde de Puysaie.

El memorialista entreabrió la puerta del cuarto y echó una mirada tímida al interior, y al ver lo que pasaba, suspiró :

— ¡ Pobre Bebella! ha hecho como yo : se ha consolado.

Y despues de haberse asegurado que, á lo menos por el momento, no tenia nada que temer, se entró de puntillas en el cuarto.

Su querida esposa, en una postura llena de atractivo, se habia dejado escurrir cuan larga era sobre el suelo, y su rostro mas encarnado que un tomate, descansaba blandamente sobre su brazo doblado.

El « lobo adorado » estuvo contemplando con enternecimiento aquel púdico sueño durante algunos instantes; despues, con ojos melancólicos, contó las botellas vacias amontonadas en un rincón del cuarto.

— Se ha regalado de lo lindo, suspiró. ¡ Lo que puede la pena!

Y juntando sus manos á manera de bocina, gritó :

— ¡ Eh! ¡ madama Gosse!

La Bebella adorada hizo un ademan como para apartar algun objeto que la incomodaba y gruñó :

— ¡ Madama Gosse! gritó de nuevo el « lobo adorado », y despues, dando á su voz una ondulacion de ternura capaz



Para dar mayor expresion á su acento la habia empujado con el pié.

de hacer volver á Euridice de los Infiernos, este nuevo Orfeo añadió: ¡Bebella!... ¡adorada Bebella!

Bebella hizo un nuevo movimiento, no porque aquellos tiernos acentos hubiesen llegado á penetrar hasta su cerebro demasiado oscurecido con los vapores de la digestion; sino porque el lobo querido, para hacer mas elocuente su palabra y dar mayor expresion á su acento la habia empujado con el pié.

Habria querido, sin duda, despertarla de una manera menos prosáica; pero el buen hombre no podia conservar el equilibrio de su cuerpo sino con cierta dificultad.

Temia que si se acercaba demasiado, no llegase á caer sobre ella y no pudiese luego levantarse.

La pena, la pena del amor sobre todo doblega las almas mas fuertes. Cuando uno se siente triste, trata de alegrarse conversando con la botella.

El estado en que se hallaban los dos esposos probaba cuán

dolorosa les habia sido á ambos la separacion de algunos dias.

¡Oh tierna simpatía de dos corazones unidos! Su mútuo amor era su justificacion mas elocuente.

Así fué que cuando Bebella adorada pudo entreabrir sus ojos y ver inclinado sobre su frente el rostro de su lobo querido, no tuvo, en la primera expansion de su alegría, ni valor para enfadarse, ni para reñir y menos para corregir todavía.

Y uno y otra llorando su falta reciproca, se pidieron mútuamente perdon, derramando en sus senos lágrimas, á la vez dulces y amargas, jurándose que si en lo sucesivo volvian á achisparse, se achisparian á puerta cerrada y en familia.

Calipso habia vuelto á encontrar á Ulises y Numa Pompilio descansaba de nuevo al lado de Egeria.

XXXIV

CONFIDENCIAS.

Mientras tanto, el conde de Puysaie recorria todos los parajes en donde creia poder encontrar al coronel.

Pero no lo encontró, y ya sabemos por qué.

En aquel mismo momento Fritz tenia con M. Gigant la solemne y última entrevista que antes hemos contado.

Aparte de su vida pública, el coronel tenia una vida secreta en cuyos misterios no dejaba penetrar, ni aun á sus mas intimos amigos.

¿En dónde hacia sus comidas cuando no almorzaba ó comia en casa de sus amigos, y en dónde vivia?

Nadie lo sabia.

Lo mismo que esas decoraciones brillantes que ocultan en el teatro las asquerosidades de los bastidores y pasillos, así la existencia de este truhan del gran mundo estaba llena de misterios.

En desesperacion de causa y cansado de buscarle sin éxito, el conde renunció á continuar su pesquisa.

Por otra parte, no tenia duda en que el coronel no dejaria de venir por la noche al palacio.

Como la resolucion que Loredano habia tomado era de aquellas que no cambian nunca, podia aguardar.

¡Aguardar! ¿pero cómo llenaria el vacío horrible de aquellas cuantas horas?

El conde, sin pensar, se dirigió maquinalmente hácia su círculo. Tal vez encontraría allí alguno con quien pasar una ó dos horas.

Cuando iba andando por las calles, oia á su alrededor las mil voces diferentes y la algazara de los alegres parisienses que gritaban, cantaban, reian, y eran respondidos, desde los balcones de las casas, por los sonidos de las trompas de caza, los gruesos caracoles y otros instrumentos parecidos.

De vez en cuando, encontraba alguna cuadrilla de máscaras grotescamente vestidas, con acompañamiento de pílluelos que se desgañitaban gritando: « ¡Carnaval! ¡Carnaval! »

Como aquel era el último dia, querian aprovecharlo.

Toda aquella algazara, que por grosera y ridícula que fuera, habria hecho otras veces sonreír al conde, hoy le daba enojo y fastidio.

Su círculo estaba casi desierto; no habia mas que dos ó tres viejos concurrentes leyendo los periódicos y un jóven que se divertía solo en la sala de billar haciendo carambolas mientras llegaba la hora de ir á alguna cita.

Apenas habia entrado Loredano y ya se disponia á mar-

charse, cuando se abrió la puerta de la sala para dar paso á M. José de la Cruz.

Nunca el gallardo jóven se habia presentado con una frente tan erguida y un aire tan varonil. Sus labios risueños tarareaban un alegre cantar y sus ojos brillaban como chispas.

¿Qué habia ocurrido en la vida de M. José de la Cruz para que apareciese hoy tan alegre y como rejuvenecido, cuando por lo ordinario se le veía siempre grave y recogido?

M. José, al ver al conde, se fué derecho hácia él y le alargó su mano cubierta con un rico y fino guante, sin dejar su franca y leal sonrisa.

Digan lo que quieran los atrabiliarios, la juventud es un hogar vivo, sobre todo si á su ardor se añade la esperanza de la dicha. Al rozarse con ella, la tristeza se disipa y transforma en alegría.

No hay mas que los malos que se entristezcan con la alegría de los otros.

Loredano, al contacto de aquella mano calorosa y firme, se sintió penetrado como de cierto bienestar.

— Al diablo con el carnaval, exclamó M. José. No hay mas que lord l'Arsouille que pueda pasearse hoy por Paris. La Inglaterra ha conquistado á Paris con un ejército de máscaras. Si encontrara un compañero, me iria bien lejos de todo este barullo que me rompe la cabeza.

— Pues que no quede por eso, dijo el conde, porque cabalmente me hallais con las mismas disposiciones de ánimo, y si buskais un compañero, aquí lo teneis. Enviemos á pedir caballos.

— Mi casa, contestó M. José, llamando á un mozo, está á dos pasos de aquí. Dentro de un cuarto de hora estaremos andando. ¿A dónde iremos?

— A la aventura, ante el primer camino que se nos presente, ó donde gusteis. Cualquiera punto me es indiferente. Me parecia que tenia necesidad de ruido, de movimiento, pero este barullo me aburre.

El vizconde lo miró con aire pasmado.

— En efecto, mi querido conde, me parece que no estais en vuestro estado normal; ¿tendrais por casualidad, añadió en voz mas baja, alguna pena, algun contratiempo? Yo buscaba un compañero y vos os habeis ofrecido á serlo mio; pues á mi vez os digo que si buskais un amigo, creo que lo encontrarais.

— Ya lo sé, respondió Loredano con la voz conmovida.

Y presentado su mano á M. José, estrechó la de este cordialmente.

Hay momentos en que por reservado que uno sea, siente una imperiosa é irresistible necesidad de ser comunicativo, aun á riesgo de descubrirse.

Por otra parte, hacia mucho tiempo que aquella fisonomía varonil y franca del gallardo jóven era muy simpática al conde, que no leía en ella sino el candor de un alma fuerte y noble y de una conciencia pura.

El tono firme y claro de su voz, la franqueza de sus ma-